

cuentas del rosario eran más transparentes y más ricas. Y el oro de la cadena del crucifijo no se parecía al oro que admiran los hombres; era muy distinto y más precioso.

Nunca se acostumbró la niña á aquellos celestiales resplandores. A la contemplación décimo-octava quedó tan fuertemente, tan deliciosamente sorprendida como la vez primera.

La Virgen se aparecía de pié y descansando sobre el rosal silvestre. Saludaba con la cabeza á la niña, se sonreía graciosamente, se inclinaba; después, con la cruz de su rosario extendido, se santiguaba con una nobleza, con una piedad indecibles; y entrelazando sus dedos hacía pasar una á una las cuentas. Nunca, mientras rezaba el Rosario, se movieron sus labios.

Casi siempre la Virgen tenía fijos sus ojos en los de Bernardica; de cuando en cuando los levantaba ésta para extasiarse en aquel cúmulo de dichosas miradas y sonrisas. La niña ha dicho que la Aparición parecía complacerse mucho en ver al pueblo religioso reunido en su presencia.

Tal se mostró la Inmaculada Virgen á los ojos atónitos de Bernardica en las diez y ocho veces que se dignó aparecerse en la gruta predestinada de Lourdes.

XIII

Aparición del martes 23 de Febrero.—Primer secreto y demanda de un santuario

Al aparecer así continuamente á la niña Bernardica, la Virgen Santísima se enseñoreaba cada vez con más fuerza de la bendita niña, la preparaba para su misión y disponía al pueblo con la multiplicada maravilla del tranquilo éxtasis á recibir á la pobre y obscura hija de Soubirous como la mensajera de su voluntad.

La Madre de Dios iba al fin á revelar por el misterio de aquella niña los designios misericordiosos que la hacían descender á la gruta; y los actos exteriores, exigidos de Bernardica para el cumplimiento de su misión, empezaron el martes 23 de Febrero, sexto día de la milagrosa quincena.

La Santísima Virgen, á quien no conocía aún Bernardica, le había ya hablado, es verdad, en las anteriores apariciones, y la niña también había hablado con ella; pero en esos misteriosos coloquios la Reina del cielo no había formulado todavía ninguna orden concreta: empezó á hacerlo el martes 23 de Febrero.

En medio de una compacta multitud de ocho á diez mil personas, Bernardica llegó á la gruta, como tenía de constumbre, al rayar el alba. Estaba arro-

dillada en su habitual sitio, fuera de la gruta, con la mano izquierda apoyada en una vela bendecida, teniendo en la otra el rosario.

De repente oye la querida voz de la Soberana del Paraíso, que la llama por su nombre:

—*¡Bernardica!*

—Héme aquí, responde luego la niña.

—*Tengo que decirte, á ti sola, un secreto que concierne á ti únicamente*, le dice entonces la Madre de Dios. *¿Me prometes no revelarlo á nadie?*

—Os lo prometo.

El diálogo continuaba, y aunque la Santísima Virgen y la niña hablaban en alta voz, nadie las oía. «¿Cómo no lo habéis oído? decía al salir la niña de su éxtasis. Pues la Señora bien alto hablaba: ¡tiene una voz tan fina, tan dulce!»

La soberana Virgen le enseñó en seguida una oración, que le hacía repetir palabra por palabra con maternal complacencia. La niña la rezaba en todas las apariciones; pero no ha querido darla á conocer nunca á nadie.

—*Y ahora, hija mía*, añadió la Santísima Virgen, *vé á decir á los sacerdotes que aquí debe levantarse un santuario, y que á él debe venirse en procesión.*

Con estas palabras terminó la aparición de aquel día.

Dejando las rocas de Massabielle Bernardica se fué inmediatamente á casa del párroco de Lourdes, quien no le había hablado hasta entonces.

—¿Eres tú, Bernardica? le dijo con gravedad casi severa, luego que la vió venir.

—Sí, señor Cura, yo soy, respondió con dulzura la humilde mensajera de la Virgen Santísima.

—Y bien, Bernardica, ¿qué me quieres? ¿que vienes á hacer aquí?

—Señor Cura, vengo de parte de *la Señora* que se me aparece en la gruta de Massabielle.

El Párroco hizo ademán de tratar la cosa muy ligeramente, y de no creer en ella. La niña repetía con candidez y gran confianza las palabras de la Aparición.

—¿Y no sabes el nombre de esa Señora? replicó el digno Párroco.

—No, respondió Bernardica; no me ha dicho quién era.

—Los que te creen se imaginan que es la Virgen María; pero ten cuidado; únicamente tú dices que la ves; si pretendes falsamente verla en la gruta, tomas el camino para no verla en el cielo.

—Yo no sé si es la Virgen Santísima, señor Cura, responde la niña; pero veo la Visión como os veo á vos, y ella me habla tan ciertamente como vos me habláis. Y de parte suya vengo á deciros que quiere se le edifique un santurio en las Rocas de Massabielle, en que se me aparece.

Bastante conmovido, el buen Peyramale se hizo repetir las palabras mismas que había empleado la Señora de la gruta. «Después de haberme confiado

un secreto que me concierne, y que no puedo revelar (dijo la niña), la Señora añadió: *Y ahora vé á decir á los sacerdotes que debe levantarse aquí un santuario, y que á él debe venirse en procesión.*»

Después de un momento de reflexión, el Párroco replica: «Ya comprendes que no puede bastarme tu solo testimonio: dí á esa Señora que conviene se dé á conocer. Si es la Virgen Santísima, que lo manifieste por algún milagro. ¿No dices que se te aparece encima de un rosal silvestre? Estamos en Febrero: dile de mi parte que si quiere un santuario, que haga florecer el rosal.» Y, dicho esto, la despidió.

Súpose luego en la población lo que acababa de pasar entre el Párroco y la niña. La curiosidad y la emoción eran generales; y muchos libre-pensadores de la comarca resolvieron presentarse en adelante en la gruta, á fin de asistir al entierro de la *superstición*.

XIV

Aparición del miércoles 24 de Febrero.—Secreto segundo y exhortación á la penitencia

Una persona distinguida de Lourdes, corazón recto, pero entonces poco creyente, refirió á Mr. Enrique Laserre cómo fué vencido aquel día por la evidencia de lo sobrenatural. No vió florecer el rosal, pero vió á Bernardica en éxtasis, el reflejo del cielo

sobre la figura de la humilde niña, y su buena fe se rindió. ¿Cómo no creer en la existencia del sol, cuando sin verlo se descubre la cumbre de las montañas doradas por sus rayos?

«Llegué á la gruta, decía, dispuesto á examinar y por toda conclusión á reirme grandemente, asistiendo á una comedia ó á alguna cosa grotesca. Pude colocarme en primera linea, á pesar de que la concurrencia era inmensa. Á la salida del sol llegó Bernardica, cerca de la cual estuve. Arrodillóse sin preocuparse de la multitud que la rodeaba, como si estuviese sola. Pronto su mirada pareció que recibía y reflejaba una luz desconocida. Delante de esta transfiguración de la niña todas mis negaciones preconcebidas se desvanecieron de repente, é hicieron lugar á un sentimiento extraordinario que á mi pesar se apoderó de mí. Tuve la certeza de que se hallaba allí un sér misterioso. Súbita y completamente transfigurada, Bernardica ya no era la misma. Su actitud, sus menores gestos tenían una nobleza sobrehumana: sonreía contemplando al sér invisible.

«No estaba yo menos conmovido que los demás espectadores. Como ellos, retenía mi aliento para procurar oír el coloquio que se había entablado entre la Visión y la niña.

«En un momento dado Bernardica se adelantó arrodillada desde el punto en que oraba, esto es, desde la orilla del torrente hasta el fondo de la gruta, cuya distancia era de unos quince metros. Mientras

subía aquella pendiente algo rápida, las personas que se hallaban al paso oyeron distintamente estas palabras: «¡Penitencia!..... ¡penitencia!..... ¡penitencia!!!.....»

El testigo, más que imparcial, que refería esta conmovedora escena, vió á Bernardica salir de su transporte y quedar como antes una pobre niña, casi andrajosa, que en nada se distinguía de las otras muchachas del pueblo. Era recaudador de hacienda en Lourdes, y el mismo que el domingo anterior había asistido al interrogatorio de Bernardica en casa del comisario de policía.

¿Qué había pasado durante la sexta aparición de la quincena? ¿Había la niña cumplido el encargo del Párroco? El rosal no había florecido.

Cuando al salir de la gruta Bernardica se presentó en la rectoría, Mr. Peyramale, siempre dueño de sí mismo, le preguntó:

—Y bien, ¿la has visto también hoy? ¿que te ha dicho?

—He visto la Visión, respondió la niña, y le he dicho: «El señor Cura os pide algunas pruebas: por ejemplo, hacer florecer el rosal que está bajo vuestros piés; pues que á los sacerdotes no les basta mi palabra, y no quieren creerme.» Entonces se ha sonreído, pero sin hablar. Después me ha dicho que rogase por los pecadores, me ha mandado que fuese hasta el fondo de la gruta, y por tres veces ha exclamado: ¡Penitencia!... ¡penitencia!... ¡penitencia!!!...

Yo he repetido estas palabras, arrastrándome arrodillada hasta el fondo de la gruta. Allí me ha revelado un secreto, que es personal mío, y ha desaparecido.

—¿Y qué has encontrado en el fondo de la gruta?

—He mirado, después de haber ella desaparecido (pues mientras está presente absorbe toda mi atención), y no he visto más que la roca, y por el suelo algunos tallos de hierba que estaban en medio del polvo.

«Esperemos,» pensó el Párroco.

Pero en esta relación de Bernardica faltan preciosos detalles de que no podemos privar á la piedad de nuestros lectores.

Mientras la niña estaba absorta en su arrobamiento, se la vió besar la tierra á intervalos, subiendo de rodillas la cuesta bastante rápida que tenía delante, hasta el fondo de la gruta, á la izquierda. La Virgen le había dicho: *Rogarás á Dios por los pecadores..... Besarás la tierra por la conversión de los pecadores.* Y le hacía seña de que avanzase arrodillada.

Bernardica, levantándose después de haber besado la tierra, buscaba la Aparición; la veía retroceder lentamente y la seguía, multiplicando sus besos de humilde penitencia. En este momento veía á la Virgen tan cerca, que le parecía que levantándose y alargando el brazo habría tocado sus piés.

Volviéndose hacia los concurrentes, les hacía con insistencia señas con las que parecía decir á la multitud que se inclinase, pero no la comprendieron.

Entonces puso un dedo sobre sus labios, y luego se dirigió rápida y resueltamente hacia el suelo con una autoridad y una energía notables. El gesto y la mirada decían á todos: «¡Vosotros también, besad la tierra!»

Muchas personas se inclinaron al instante, dominadas por la sobrenatural grandeza de aquella pobre niña, y creyendo obedecer á la Visión, besaron la tierra.

Bernardica bajó también de rodillas, besando siempre el suelo, y volvió á su contemplación delante del nicho.

Al salir de este espectáculo, que había de abatir el orgullo humano, eran varios los sentimientos de los concurrentes. Todos, empero, estaban profundamente pasmados; muchos se retiraban con la impresión religiosa que dejan los acontecimientos misteriosos, detrás de los cuales se siente que Dios se oculta; pensaban que en la gruta se preparaba un gran porvenir. La Virgen les hacía presentir sus misericordias.

Desde entonces fué recomendada á Bernardica la penitencia por los pecadores. Subía y bajaba una sola vez durante la aparición, y siempre en silencio; únicamente esta vez se la oyó pronunciar estas palabras: «¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia!»

Un día hizo varias de esas gloriosas ascensiones. Su semblante manifestaba siempre un constante sentimiento de dicha; pero un tinte de tristeza lo cubrió por momentos, y aunque continuaba el sonris, era

melancólico, pero dichoso. A los ojos de Bernardica la Virgen se sonreía también y coronaba su penitencia con un brillante testimonio de gozo divino.

Recuérdase aún con admiración la ligereza con que la niña andaba de rodillas. «He creído muchas veces, escribe un testigo ocular, que manos invisibles la sostenían para subir y bajar tan precipitadamente.»

Se le preguntó el primer día:

—¿Por qué has andado de rodillas y besado la tierra?

—La Visión me lo ha mandado en penitencia por mí y por los demás.

—¿Por qué nos has hecho seña de que besásemos la tierra?

—Porque la Visión quería decir que vosotros debíais hacer también penitencia por los pecadores.

Más de un año después, dos eclesiásticos que la interrogaban con mucha sagacidad, le dijeron á propósito de esta penitencia: «Pero es bien extraño que la Virgen Santísima te haya ordenado todo esto! Son cosas extraordinarias y que no parecen razonables.» A lo cual la niña, bajando los ojos y con penetrante acento que los admiró, respondió: «¡Ah! para la conversión de los pecadores!.....»

El Corazón de María se manifestaba. ¡Los pecadores! Hé aquí á los que llama por la humillación y la oración de Bernardica. ¡Los pecadores! Hé aquí

á los que ella busca también por medio de los milagros que á centenares van á obrarse en la privilegiada gruta.

XV

Aparición del jueves 25 de Febrero.—Tercer secreto y la fuente milagrosa

Era el octavo día de la quincena. Una multitud increíble, animada, conmovida, llenaba todas las cercanías. Cuando apareció Bernardica, todo el mundo se descubrió instintivamente, así los escépticos como los creyentes. La bondadosa, la misericordiosísima, la admirable Virgen María se dignó aquel día, como en los demás, ser fiel á la cita de la gruta. Tal vez en ningún santuario la Madre de Dios ha multiplicado así sus celestiales visitas.

Empezó Ella el coloquio de esta aparición, confiando á su querida Bernardica su tercer secreto:

—*Hija mía, le dice, quiero confiarte, solamente para tí, el último secreto; igualmente que los otros dos, no lo revelarás á nadie del mundo.*

Bernardica escuchaba con alegre corazón la inefable armonía de aquella voz tan dulce, tan maternal, tan tierna, que en otro tiempo encantaba en Nazareth los oídos y el Corazón del Niño Jesús.

—*Y ahora, le dijo la Virgen Santísima después de*

un momento de silencio, *anda á beber y lavarte los piés á la fuente, y come de la hierba que hay allí.*

Atónita Bernardica, mira á su alrededor. No había ni había habido nunca ninguna fuente en la gruta. Obstruía entonces el interior de la misma una masa arenisca y árida, mezclada con fragmentos de piedra, y llegaba hasta la actual bóveda á una altura de cerca de dos metros. Sin perder de vista á la Aparición, Bernardica iba á dirigirse hacia el torrente, cuando con la vista y con la mano le indicó la Virgen el punto á donde debía dirigirse. *No vayas allá, le dice, no te he dicho que bebieses en el torrente; anda á la fuente, que está aquí.* Y extendiendo la mano, señaló con el dedo á la niña el mismo rincón seco, por donde el día anterior la había hecho subir. Era el fondo de la gruta, á la izquierda del espectador.

Bernardica subió, y cuando estuvo cerca de la roca, buscó con la vista la fuente. No encontrándola, y queriendo obedecer, expresó con una mirada á la celestial Señora su embarazo. A una nueva seña la niña se inclinó, y escarbando la tierra con las manos, se puso á hacer en ella un hueco.

De repente se humedeció el fondo de aquella pequeña cavidad; y viniendo de profundidades desconocidas á través de las rocas y capas de tierra, apareció debajo de la mano de la hija de María un agua misteriosa, que pronto llenó el pequeño hueco que podía contener un vaso de agua. Mezclándose con la tierra era cenagosa, de modo que la pobre Ber-

nardica la acercó tres veces á sus labios y no se resolvió á beberla. La aparición radiante dominaba aquella extraña escena, y miraba atentamente á la niña, la cual venció al fin su repugnancia, bebió aquella agua turbia y se mojó con ella la cara.

Los concurrentes nada comprendían: «¡Oh! ved, exclamaron algunos, ved como se ensucia la pobre niña!» Otros decían: «Pierde la cabeza: esto no es muy conforme.» En aquel momento Bernardica con sus dedos mojados cogía y comía algunas briznas de hierba que allí había.

Pronto el agua del naciente manantial salvó los bordes del pequeño receptáculo hecho por la niña, y empezó á discurrir á manera de delgado hilo, humedeciendo apenas aquel día la arena. La cinta húmeda que trazaba en el suelo se prolongaba lenta é insensiblemente hacia el umbral.

Con su débil mano Bernardica acababa de abrir, sin saberlo, el manantial de las curaciones y de los milagros.

La bienabenturada Virgen recompensó con una sonrisa á su pequeña obrera, desapareciendo radiante, y la obediente, la fiel Bernardica regresó como de constumbre á su casa.

Maravillados los concurrentes, quisieron ver la fuente milagrosa y mojar en ella sus pañuelos. El día siguiente el manantial de la Virgen, creciendo á ojos vistos, discurría ya del grosor de un dedo. Al cabo de algunos días saltaba de tierra, pura y limpia, con

un caudal como el brazo de un niño; cesando entonces de crecer.

Después ha sido medida con matemática exactitud, dando desde las primeras semanas *ochenta y cinco litros por minuto; cinco mil cien litros por hora*, es decir, *ciento veintidos mil cuatrocientos litros por día*.

Y antes, debemos repetirlo, á vista y ciencia de todos los habitantes del país, aquella roca y aquellas arenas estaban áridas y secas. Los incrédulos de la comarca dijeron é imprimieron que la cosa era muy natural, que no había manantial; que Bernardica, la loca, la alucinada, había metido bonitamente la mano en un depósito de agua, proveniente *sin duda* de la destilación de la roca!

El agua milagrosa de Lourdes ha sido analizada por hábiles químicos: es un agua virgen, muy pura, un agua natural que carece de toda propiedad termal.

XVI

El viernes 26 de Febrero.—Primera curación milagrosa

Este día la Inmaculada Virgen no se apareció á su querida niña. Todo el mundo colmaba á Bernardica de homenajes de respeto que llegaban hasta la veneración; cuando pasaba, decían y ella podía oirlo: ¡Hé aquí la Santa!